

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Sergio Guerra Vilaboy

“Discurso en la entrega del doctorado *Honoris causa*,  
Universidad de La Habana, Cuba, a Miguel León-Portilla”

p. 139-146

*Vivir la historia*

*Homenaje a Miguel León-Portilla*

Salvador Reyes Equiguas (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2008

166 p.

ISBN 978-970-32-5504-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir\\_historia.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/493/vivir_historia.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IV. ENTREGA DEL DOCTORADO *HONORIS CAUSA*,  
UNIVERSIDAD DE LA HABANA, CUBA,  
AL DOCTOR MIGUEL LEÓN-PORTILLA



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



DISCURSO EN LA ENTREGA DEL DOCTORADO *HONORIS  
CAUSA*, UNIVERSIDAD DE LA HABANA, CUBA,  
A MIGUEL LEÓN-PORTILLA

SERGIO GUERRA VILABOY

Facultad de Filosofía, Historia y Sociología,  
Universidad de la Habana, Cuba

Tengo el altísimo honor de hacer uso de la palabra, en la hermosa Aula Magna de la Universidad de La Habana, en nombre del rector, del Consejo Universitario y de todo el claustro de la Facultad de Filosofía e Historia, en esta ceremonia solemne de investidura como doctor *honoris causa* del eminente historiador y antropólogo mexicano Miguel León-Portilla, quien con justicia es considerado el mejor conocedor e investigador de la América precolombina e indígena.

Un merecido homenaje el que tributamos esta mañana radiante a un prestigioso intelectual de nuestro querido México, quien con sus enjundiosos estudios del mundo prehispánico ha abierto una nueva visión de la historiografía latinoamericana, siguiendo la colosal empresa de rescate de la memoria de quienes fueron “nuestros primeros padres”, como alguien muy cercano los llamó. Labor en la que se inició por sus maestros Manuel Gamio y el presbítero Ángel María Garibay, dando continuidad a la senda abierta por fray Bernardino de Sahagún en el siglo XVI y el ilustrado jesuita veracruzano Francisco Xavier Clavijero en el XVIII.

El maestro León-Portilla —autoridad principal en todo lo referido al pensamiento y la literatura aborígenes de México, que ha traducido, interpretado y publicado numerosas recopilaciones de textos indígenas y obras relevantes para la historia del México antiguo— sobresale por sus investigaciones y textos dirigidos a entender y reevaluar la literatura y la propia historia náhuatl, penetrando en temáticas que anteriormente no eran suficientemente tratadas, y despertando la atención mundial sobre ellas. Pero sus



estudios no son una simple indagación histórica o mera curiosidad científica de un pasado ya muerto, sino concebidos como un componente vivo y fundamental de la cultura mexicana del presente: una lengua, la náhuatl, que, por cierto, sigue siendo la materna de más de millón y medio de mexicanos.

De ahí su decidida contribución al establecimiento de la educación bilingüe rural en México y su sostenido compromiso con las luchas reivindicativas de los pueblos indígenas por su desarrollo social en general, pues el homenajeado ha hecho suyo el pensamiento martiano de que “con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india” y de que sólo cuando resuciten los indígenas marginados y expoliados de este continente empezará “a salir en América el alfabeto de luz”.

Desde sus primeros trabajos, el doctor León-Portilla objetó el enfoque de los historiadores tradicionales, eurocentristas, sobre los traumáticos acontecimientos iniciados 500 años atrás, desencadenados a partir de los viajes de Cristóbal Colón. Para el historiador mexicano que tenemos la satisfacción de tener hoy entre nosotros, en esta parte del planeta existía antes de la invasión europea una cultura propia de tanta valía como la del llamado Viejo Continente, que fue subyugada por los conquistadores en un proceso que él calificó, hace más de medio siglo, como “encuentro violento de dos mundos”.

Como ha dicho el propio maestro León-Portilla en su conocida *Visión de los vencidos*, un verdadero clásico de la historiografía latinoamericana, editado por primera vez en 1959, la cultura primigenia de México, la olmeca, ya florecía en Mesoamérica en momentos en que en Europa se escuchaban “las palabras de los profetas de Israel y cuando en Grecia hacían su aparición los primeros filósofos presocráticos”.

En esta obra ya imprescindible, donde rescata el pensamiento y la filosofía de los aztecas ante el tremendo impacto de la conquista española, el historiador mexicano nos dio a conocer el sentimiento íntimo de los indígenas —hasta entonces prácticamente ignorado por todos—, a raíz del choque violento con los españoles, esto es, el testimonio de lo que vivieron, pensaron y sintieron los vencidos. Así, en la introducción de este libro maravilloso escribió:

Pero, frente a este innegable estupor e interés del mundo antiguo por las cosas y los hombres de este continente, rara vez se piensa en la admiración e interés recíprocos que debió despertar en los indios



la llegada de quienes venían de un mundo igualmente desconocido. Porque, si es atractivo estudiar las diversas formas como concibieron los europeos a los indios, el problema inverso, que lleva a ahondar en el pensamiento indígena —tan lejano y tan cercano a nosotros— encierra igual, si no es que mayor interés. ¿Qué pensaron los indios al ver llegar a sus costas y pueblos a los descubridores y conquistadores? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha? ¿Cómo concibieron su propia derrota?

Sin duda, *Visión de los vencidos*, editada en Cuba por Casa de las Américas en 1972 con prólogo del malogrado revolucionario salvadoreño Roque Dalton, es su obra más popular y famosa, traducida ya a casi una veintena de idiomas. En este valioso libro, el doctor León-Portilla reúne fragmentos de la visión náhuatl de la conquista española, desde las premoniciones de Moctezuma Xocoyotzin, el último gobernante azteca antes de la llegada de Hernán Cortés, hasta los cantos tristes posteriores a la Conquista, extraídos de los propios textos aborígenes, entre ellos los *Cantares mexicanos*, *La relación anónima de Tlatelolco (1528)* y el testimonio de los informantes de Sahagún. Estos últimos, redactados en su lengua natal por varios estudiantes indígenas del Colegio de Santa Cruz en Tlatelolco —creado en 1533 por los franciscanos para la educación de los hijos de la nobleza precortesiana— y que conforman el más amplio testimonio aborígen de la Conquista.

El relato en náhuatl de los vencidos se inicia con la evocación de las señales y pronósticos que aparecieron antes de que vinieran los hombres de Castilla, y concluye con la rendición de los mexicas, después de ochenta días de asedio a su ciudad, la prisión de Cuauh-témoc y una amonestación de Cortés a los señores de México, Tetz-coco y Tlacopan (los de la Triple Alianza), requiriéndoles la entrega del oro que, se decía, tenían oculto. De esta manera, León-Portilla nos brinda un libro sin precedentes, que expresa fidedignamente el sentimiento que para tenochcas, tlatelolcas, tezcocanos y tlaxcaltecas se produjo antes, durante y después de la Conquista.

Pero, como ya expresé hace un momento, el estudio del pasado es para Miguel León-Portilla una manera de entender el presente y contribuir a la solución de sus problemas, como demostró en el segundo Encuentro Continental de Escritores en Lenguas Indígenas y Afrocaribenas, titulado “El retorno de las voces milenarias de América”, celebrado en Quintana Roo, en octubre de 2000; allí señaló, en su conferencia magistral “La literatura indígena ante el

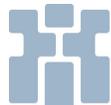
proceso de globalización”, que el conocimiento de esa literatura era un instrumento contra los efectos homogenizadores de este mundo postmoderno en el que quieren imponernos las normas uniformadoras del neoliberalismo. Algunas de sus ideas y tesis sobre este tema de palpitante actualidad pueden verse desarrolladas en otra de sus obras: *Pueblos originarios y globalización* (1996).

La validez y vigencia de sus estudios pudieron comprobarse una vez más en este coloquio de Chetumal, donde también León-Portilla leyó una carta, traducida del náhuatl por él mismo y fechada en 1554, dirigida a Felipe II por Pedro Moctezuma, hijo de Moctezuma Xocoyotzin, donde éste solicitaba el respeto al mando y administración de sus pueblos, es decir, el reconocimiento de las autonomías de los descendientes de los primeros habitantes de este hemisferio. Es el mismo legítimo reclamo que hoy enarbola el movimiento indígena que, de una u otra manera, se está vertebrando en el continente desde Chiapas hasta los Andes, expresión del íntimo sentir de los pueblos originarios, sin cuyo andar, como dijera nuestro José Martí, no se salvará nuestra América, “o su peso impedirá la marcha”.

Otras de las grandes aportaciones del maestro León-Portilla, que no podemos dejar de mencionar aquí, tienen que ver con sus indagaciones etnohistóricas en toda la península de la Baja California, dirigidas a rescatar el verdadero valor de las culturas autóctonas y la defensa de su identidad por los habitantes de esa región, donde han sido persistentes los intentos de avasallamiento anglosajón.

No olvida las pretensiones de Estados Unidos por apoderarse de esta tierra mexicana desde la primera mitad del siglo XIX, como ocurrió antes y después de la terrible guerra de 1847, en la que México perdió, devorado por su poderoso vecino del norte, más de la mitad de su territorio, o las depredaciones cometidas por el aventurero norteamericano William Walker, para no mencionar las más sutiles y recientes de la penetración económica y cultural.

Cabe destacar que León-Portilla no sólo ha reivindicado con sus obras la mexicanidad de la Baja California, sino que muchos de sus trabajos son lectura obligatoria en escuelas y colegios de Estados Unidos, donde han ayudado a los chicanos a reafirmar su identidad, como parte de un proceso de fortalecimiento y expansión cultural que el propio maestro ha calificado, en reciente entrevista, de irreversible, pues en su opinión “Mesoamérica existe ahora mucho más allá de Mesoamérica: Mesoamérica llega hasta Chicago”.



Interesado por todo lo que tiene que ver con la transculturación lingüística y cultural, sus estudios han comprendido también el complejo tema del mestizaje, en el que se ha adentrado, por ejemplo, a través del análisis de la obra y del pensamiento de cronistas e historiadores de la época colonial, que le han servido para contraponer a los vencidos la visión de los vencedores, buscando todos los matices de la huella y el legado de España en la formación nacional de México, que es también la de Hispanoamérica.

El doctor León-Portilla, que acaba de cumplir ochenta años de edad, a quien tuve el gusto de conocer personalmente hace tan sólo unas semanas en México, cuya obra trascendente marcó a mi generación desde que éramos estudiantes y de la que nuestro claustro saca gran provecho cotidianamente en las aulas de esta universidad, es un hombre sencillo, jovial, de gran sentido del humor, de fácil comunicación y una enorme sensibilidad humana.

Nacido en la capital de México, el 22 de febrero de 1926, se graduó de bachiller, con especialidad en ciencias sociales, en el Instituto de Ciencias de Guadalajara (Jalisco) en 1944 y cuatro años después de Bachelor of Arts, en Loyola University, de Los Ángeles, California. En agosto de 1956, a los treinta años de edad, obtuvo su doctorado en Filosofía, *Summa cum laude*, con especialización en Historia Prehispánica, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con la tesis *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. Publicada tres años después como libro por la propia UNAM, esta obra ha sido reeditada en México seis veces, e impresa en ruso por la Academia de Ciencias de la URSS en 1961; en inglés, en ocho ediciones, por Oklahoma University Press. También ha sido traducida al alemán (Colonia, 1970) y al francés (París, 1982).

Durante casi medio siglo el doctor León-Portilla, quien domina varios idiomas (entre ellos el náhuatl), ha sido profesor en la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, institución en la que dirige desde 1997 la Nueva Biblioteca de México, serie auspiciada por la Coordinación de Humanidades. Lo han distinguido con la condición de investigador emérito de la UNAM (1988) y del Sistema Nacional de Investigadores de México (1996). Entre otras responsabilidades vinculadas a su perfil profesional se destacan las de director del Instituto Indigenista Interamericano (1960-1966); director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM (1966-1976); miembro de la Junta de Gobierno de esta propia casa de altos estudios (1976-1986); director de la Academia Mexicana de la Historia, y



consejero del Instituto de Civilizaciones Diferentes, con sede en Bruselas (Bélgica). Además, fue embajador de México en París ante la UNESCO (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, 1988-1992).

Pertenece a más de una treintena de sociedades académicas y científicas y en reconocimiento a su destacada labor como investigador ha recibido lauros y distinciones de toda índole, entre ellos el Premio Nacional de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía de México (1981); el Premio Internacional Rafael Heliodoro Valle (1985); el Premio Universidad Nacional (1994); el Premio Internacional Alfonso Reyes, 2000; el Premio Bartolomé de las Casas, X Edición (2000); el Premio Internacional Menéndez Pelayo (2001); el Premio Universidad Latinoamericana, 2003, y el Premio “Tlamatini” de la Universidad Iberoamericana en el 2005. Asimismo, la República Italiana le otorgó en 1977 el grado de comendador; el gobierno de España, la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X, el Sabio, en 1999; y al año siguiente el de Francia la Orden de las Palmas Académicas. Además, una docena de universidades de todas partes del mundo le han otorgado el título de doctor *honoris causa*, listado en el que figuran la Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia) en 1994 y la Pontificia Universidad Católica del Perú (2003).

Pretender comentar la vastísima bibliografía de este relevante historiador es una tarea que incuestionablemente rebasa el tiempo de que dispongo para esta intervención, ya que la obra de ensayista, intérprete, paleógrafo y traductor del homenajeado es cuantiosa. Además de numerosos libros de su autoría, que suman más de 90 títulos —una cuarta parte de ellos reeditados y una treintena traducidos o escritos en otros idiomas—, incluye decenas de recopilaciones históricas y documentales, centenares de artículos y ensayos publicados, así como coordinaciones de obras como la *Historia de México* (1974), en trece volúmenes, en la que participaron sesenta historiadores y antropólogos profesionales. Sólo en Internet existen más de trescientas mil referencias sobre su persona.

De su rica producción intelectual, podemos formarnos una idea con algunos de los títulos que aún no hemos mencionado, seleccionados de su profusa bibliografía: *Siete ensayos sobre cultura náhuatl* (1958); *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares* (1961); *Trece poetas del mundo azteca* (1967); *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* (1968); *De Teotihuacan a los aztecas* (1971); *Nezahualcōyotl, poesía y pensamiento* (1972); *Culturas en peligro* (1976); *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados* (1979);

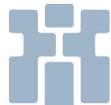


*Bernardino de Sahagún* (1987); *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (1989); *La flecha en el blanco. Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos indígenas 1541-1556* (1995); *La California mexicana* (1995); *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata* (1996); *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra* (1997); *Tonantzín Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano* (1999); *Motivos de la antropología americanista* (2001); *Pueblos indígenas de México: autonomía y diferencia cultural* (2003); *En torno a la historia de Mesoamérica* (2004); *Aztecas-mexicas, desarrollo de una civilización originaria* (2005), y *México: muchas lenguas y culturas. Su florecer en un universo de biodiversidad* (2006). Es desde 1959 editor de *Estudios de Cultura Náhuatl* de la UNAM, de la que han salido varias decenas de volúmenes.

Estimados colegas y amigos:

En este acto venimos a homenajear a un destacado hijo de México, un pueblo muy querido, entrañable y cercano, al que tanto debemos los cubanos, del que José Martí dijera “que funde en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo”. Y esta ceremonia ocurre precisamente a pocos días de conmemorar un acontecimiento histórico de mucha significación para nosotros: la salida hace medio siglo del puerto mexicano de Tuxpan del histórico yate *Granma*, con la expedición libertadora encabezada por el comandante Fidel Castro.

Por ello, este acto es muy especial y simbólico. No sólo es un justo tributo a todos los merecimientos académicos de un intelectual mexicano de primera línea, sino también manifestación de nuestro reconocimiento sincero a su patria de nacimiento, a la que el propio Martí también definiera como “tierra de refugio, donde todo peregrino ha hallado hermano” y donde el apóstol de la independencia de Cuba encontrara un íntimo amigo en Manuel Mercado, destinatario de su inconclusa última carta, fechada un día antes de caer en combate. Allí, como sabemos, también halló cálido asilo el poeta José María Heredia, perseguido por las autoridades coloniales españolas por su participación en la conspiración independentista de los Soles y Rayos de Bolívar, quien fuera huésped del primer presidente de México, Guadalupe Victoria, en el propio Palacio Nacional, edificio donde también vivió después otro patriota cubano, Pedro Santacilia, yerno, secretario personal y confidente de Benito Juárez, el Benémerito de las Américas.



Julio Antonio Mella, fundador, en este mismo sitio donde nos encontramos hoy, de la combativa Federación Estudiantil Universitaria (FEU), fue también otro revolucionario cubano calurosamente acogido como un militante más por las fuerzas de izquierda y la intelectualidad progresista mexicanas; como también sucedería más tarde con la generación del Moncada, que pudo honrar sus compromisos e ideales de liberación nacional hace cinco décadas gracias al apoyo decidido y valiente de otro singular hermano de México, el ex presidente Lázaro Cárdenas.

Maestro León-Portilla:

A usted que ha sabido cumplir con su profesión y su tiempo, por su impresionante labor como historiador comprometido con los pueblos originarios y la defensa de los valores autóctonos de nuestra América, así como por sus brillantes aportaciones a la filología, la crítica epistemológica y la historiografía latinoamericana, que es decir también la universal, y por un magisterio generoso que es ejemplar, nuestra Facultad de Filosofía e Historia, con la aprobación unánime del Consejo de Dirección de la Universidad de La Habana, le otorga su máximo título honorífico: el de doctor *honoris causa*, concedido por primera vez a un mexicano en 1946 en la persona del ilustre Alfonso Reyes, quien sabemos inspiró algunas de sus más notables indagaciones.

Lo felicitamos de corazón por este nuevo lauro en su exitosa vida académica, que le entrega la más antigua y prestigiosa casa de altos estudios de Cuba, próxima ya a cumplir 280 años de existencia, como muestra del respeto y la admiración que por usted sentimos los historiadores y profesores cubanos.